

Editorial

LA EMIGRACION Y SU PROBLEMATICA EDUCATIVA Y CULTURAL

La emigración de trabajadores procedentes de las zonas menos desarrolladas de Europa y del Norte de Africa a los países europeos ricos y desarrollados, puede considerarse como uno de los fenómenos sociales con mayor trascendencia en las dos últimas décadas. Coincidiendo con una etapa de expansión, las estructuras económicas de dichos países han utilizado cada vez de forma más intensa las aportaciones de una mano de obra poco cualificada, con un nivel de escolarización y de exigencias laborales bajo y dispuesta a realizar aquellos trabajos generalmente minusvalorados por los ciudadanos de los países receptores.

Las necesidades económicas y laborales de los países receptores han sido así, pues, los factores determinantes de la baja cualificación profesional de la población emigrante. Dichos países obtienen notables ventajas al emplear a emigrantes.

No hay que soslayar que la preocupación básica de los gobiernos de los países receptores es la de mantener un óptimo número de inmigrantes de acuerdo con la coyuntura económica. La emigración se favorece en períodos de prosperidad y expansión, y se tiende a prescindir de los trabajadores empleados en las etapas de crisis económica y recesión.

Desde otra perspectiva, los países exportadores de mano de obra se benefician también, gracias a que ven su mercado laboral descongestionado y su sistema económico fortalecido por las aportaciones que efectúa el emigrante a la economía nacional a través del envío de divisas extranjeras.

En medio de todas estas circunstancias se encuentra el emigrante, que en en la generalidad de los casos opta por la emigración condicionado por las desfavorables expectativas laborales que se le ofrecen en su país de origen. El trabajador que se desplaza a otro país se encontrará mejor situado laboralmente que en su patria, pero al mismo tiempo se sentirá extranjero en una comunidad cuya lengua y costumbres desconoce y cuyos habitantes experimentan con frecuencia hacia él actitudes que van desde la indiferencia y la marginación hasta incluso la manifiesta hostilidad.

Por otro lado, el Estado del que procede tiende a desentenderse de las condiciones de vida del emigrante, o dedica su atención preferente a los problemas de los trabajadores que no abandonan el país, mientras que las naciones desarrolladas que han logrado ofrecer a sus ciudadanos un nivel relativamente alto de bienestar social se muestran con frecuencia reticentes a extender tales beneficios a los trabajadores emigrantes. Ciertamente la emigración presenta pocos aspectos de beneficencia o filantropía y obedece sustancialmente a necesidades económicas. Sin embargo, conviene insistir en la necesidad de superar un tratamiento puramente económico de la emigración ofreciendo al trabajador emigrante el disfrute de la situación laboral y el acceso a las condiciones de

bienestar de que gozan los ciudadanos de los países receptores, manteniéndose al mismo tiempo la identidad cultural del emigrante y los vínculos con el país de origen. Los llamados a realizar tal tarea son quienes se benefician del trabajo realizado por el conjunto, es decir, el Estado del que procede, el Estado que le recibe y las empresas que le emplean.

No queremos dejar de referirnos aquí a que consideramos una actitud criticable la de aquellos países suministradores de trabajadores emigrantes que tienden a despreocuparse de la situación de sus ciudadanos o a descargar en los países desarrollados la realización de las condiciones de bienestar a que dichos trabajadores tienen derecho. Ciertamente las posibilidades de actuación de las naciones de donde proceden los emigrantes son escasas, pero con relación a nuestro país en concreto conviene aludir no sólo a las obligaciones que un Estado tiene respecto al bienestar de sus ciudadanos, aunque éstos se hallen establecidos en el exterior, sino también al hecho de que la emigración no ha sido un capricho, sino que sus causas hay que buscarlas en situaciones socialmente injustas y en las deficiencias de unas estructuras socio-económicas que determinaron que una masa notable de ciudadanos tuviese que buscar trabajo en el extranjero y que, por si fuera poco, su ausencia del país y sus contribuciones dinerarias han influido decisivamente en el equilibrio del sistema económico nacional.

* * *

El emigrante y su familia se hallan insertos en un ambiente cultural que les es extraño y donde se utiliza una lengua con frecuencia desconocida para ellos, mientras que, por otra parte, se sienten separados de las manifestaciones culturales propias de la comunidad de la que proceden. El primer problema, pues, que se les plantea es el del desconocimiento del idioma, y si bien resulta penoso comprobar que son innumerables los ejemplos en los que dada la índole de los trabajos reservados al emigrante éste puede realizarlos sin el conocimiento de la lengua, no se puede dudar que el aprendizaje de la misma constituye la condición básica de toda integración armoniosa en el medio socioeconómico y de toda formación y perfeccionamiento general y profesional ulterior garantizando una mayor seguridad en el empleo.

Los problemas básicos que afectan a los hijos de los emigrantes son, además de los relacionados con el conocimiento del idioma extranjero, los de escolarización, formación profesional posterior, los que se derivan de los conflictos culturales y de identidad que experimenta el niño, y los de su eventual reinserción en el sistema educativo de su país de origen.

En los países receptores de emigrantes la escolarización de los hijos de dichos trabajadores se halla generalizada; sin embargo, los niños experimentan una serie de dificultades. Así, dado que los problemas lingüísticos están inseparablemente unidos al desarrollo psicológico e integral del niño, el no dominar suficientemente la lengua extranjera provoca en él sentimientos de frustración, aislamiento, inferioridad, etc., con las consecuencias conocidas de retrasos escolares, bajos índices de coeficiente de inteligencia, trastornos psicológicos, etcétera. No hay que olvidar que los niños acuden con frecuencia a una escuela destinada a la integración de los jóvenes en el sistema cultural y social del país en que viven, y que los niños emigrantes, pertenecientes a grupos sociales en los que las normas, valores y pautas de conducta difieren de los de la sociedad que les acoge, se ven sometidos a situaciones conflictivas.

Durante bastante tiempo, la política educativa de los países receptores respecto a los hijos de los emigrantes se orientó hacia la asimilación e integración cultural de los mismos, fórmula que negaba al niño extranjero todo derecho a la diferencia y no le permitía otra decisión que la citada asimilación o el rechazo. Actualmente existe la tendencia a reconocerle su identidad cultural, ofreciéndole la posibilidad de conocer la lengua y cultura del país que le acoge sin perder la de su país de origen, de modo que pueda estar en condiciones adecuadas para elegir en todo momento el país en que quiere establecerse. Hay que tener en cuenta que la emigración no es en la mayoría de los casos definitiva, y si el niño ha perdido el contacto con su cultura originaria, caso de regresar a su país se sentiría desenraizado y marginado.

Las experiencias educativas que se realizan en diversos países europeos desde esta perspectiva, pretenden colocar ambas culturas en un pie de igualdad, evitando que el niño considere como inferior la de sus padres. Debemos aludir aquí a las llamadas «clases interculturales» implantadas en diversos países europeos (Francia, Suecia...) y en la que participan hijos de emigrantes de una determinada nacionalidad y niños del país de acogida, estando atendidos gran número de ellas por profesores de ambas naciones y girando la enseñanza sobre la lengua y cultura de las dos comunidades. Tal experiencia se suele completar con clases de acogida para los niños que se van incorporando, además de con un cuadro de intercambios entre las familias de los alumnos y con diversas manifestaciones que fomenten el conocimiento mutuo.

* * *

Hemos pretendido con estas líneas poner al lector en antecedentes de la problemática de la emigración, insistiendo en sus aspectos educativos y culturales, que si bien gozan de una cierta autonomía sólo pueden ser solucionados mediante una política global que tenga en cuenta la complejidad del fenómeno migratorio.

La REVISTA DE EDUCACION se sentiría satisfecha si el contenido del presente número contribuyera a la formación de un estado de opinión que favoreciese la solución de los problemas planteados.